

Como hemos oído en las lecturas en el pasado, grandes multitudes de la gente fueron en manada para oír a Jesús. No todos de aquellos que vinieron para oírlo se volvieron sus seguidores, pero un número significativo se hizo y la Escritura llama a ellos discípulos. Así,

más que doce discípulos están escuchando a Jesús en la parábola de hoy. Pero los discípulos de Jesús no son los únicos escucharlo enseñar.

Los fariseos, que eran amantes del dinero, oían todas estas cosas [que Jesús enseñaba] y se burlaban de Él». ¿Quién eran los fariseos? Eran gente sinceramente religiosa. La precisa palabra fariseo significa «uno que se separa a sí mismo», o mantiene alejado de las personas o cosas impuras. Se consideraron a ellos mismos como separados de los pecadores ya que

estrictamente observaban las leyes tradicionales y escritas atribuidas a Moisés. Aunque hubo seguidores de Jesús entre los fariseos, muchos de los fariseos, como en el Evangelio de hoy, ferozmente se opusieron a Él. Encontramos en el mismo Evangelio de San Lucas que ellos «comenzaron a acosarle en gran manera . . . tramando contra Él para atraparlo en algo que dijera (San Lucas 11:53-54). Estos son dos de los grupos escuchando a las enseñanzas de Jesús en el Evangelio de hoy—discípulos y fariseos.

Pero estos dos grupos no estaban escuchando a Jesús en un vacío. Los judíos devotos asistieron a la sinagoga y escucharon cuando los profetas eran leídos y, si eran capaces, estudiaron los profetas así como las leyes de Moisés. El profeta Amós, nuestra primera lectura, tiene fama de ser uno de los libros de la Biblia más significativo y influyente; por lo tanto, la lectura de hoy ciertamente fue conocida por tanto los discípulos de Jesús como los fariseos.

En nuestra primera lectura escuchamos el mensaje. Amós denuncia las festividades disipadas de los ricos y poderosos y su falta de preocupación sobre peligro de la gente. A ellos, Amós dice, «Ay de ustedes [por causa de su maldad]» (cf. Amós 5:7,10-6:14). ¿Hizo escuchar y hace caso sus palabras la gente? Ciertamente ellos no lo hicieron. Por consiguiente, cuando su país, Israel, fue conquistado por los asirios y el reino de Israel cesó de existir, los ricos y poderosos fueron llevados en la cautividad, para nunca ser escuchado de otra vez. Ellos se conocen como las tribus perdidas de Israel.

Amós fue dirigiéndose a la gente del antiguo Israel, pero su mensaje fue preservado para la gente judía que vivió después de él para oírlo. Por supuesto, eso incluye la gente del día de Jesús. ¿Hace la gente hacer caso a las palabras de Amós más de los antiguos Israelitas?

Algunos hicieron, algunos no lo hicieron. Los doce dejaron todo para seguir a Jesús. Muchos otros discípulos los acompañaron, incluyendo

algunas mujeres [ricas] que habían sido sanadas de espíritus malos y de enfermedades: María, llamada Magdalena, de la que habían salido

siete demonios, y Juana, mujer de Chuza, mayordomo de Herodes, y Susana, y muchas otras que de sus bienes personales contribuían al sostenimiento de ellos (San Lucas 8:2-3).

Pero ¿qué pasa con los fariseos? Recuerden ustedes, San Lucas nos dice que los fariseos «eran amantes del dinero». De ellos, Jesús dice,

Ustedes limpian por fuera las copas y platos, pero el interior de ustedes está lleno de rapiñas y perversidades. ¡Estúpidos! El que hizo lo exterior, ¿no hizo también lo interior? Pero, según ustedes, simplemente con dar limosnas todo queda purificado (San Lucas 11:39-41).

Estos dos grupos ahora están escuchando a la parábola de Jesús. En la parábola el hombre rico, como los ricos y poderosos del día de Amós, vaguea en lujo. Oiríamos de nuevo acerca de aquellos que cuida solo para ellos mismos y su bien y placer. Con sus propios ojos el hombre rico debe ver el apuro terrible de Lázaro, hambriento y «cubierto de llagas». Lázaro yacía a su propia puerta. Pero no dio a Lázaro aún «las sobras que caían de [su] mesa». Los perros muestran más compasión que él. Como con los ricos y poderosos del día de Amós, este hombre rico causa su propio destino.

Dos grupos escuchan las enseñanzas de Jesús. Un grupo lo escucha como un salvador. El otro lo escucha como una amenaza a su posición y estado. Uno grupo deja todo para seguirlo, para curar los enfermos, para alimentar a los hambrientos, y para proclamar a todo que el reino de Dios de amor y compasión está aquí. Dios está con nosotros.

Nosotros—ustedes y yo—vivimos en un mundo donde riqueza y poder son las metas en vida.

Nosotros somos animados para pensar solo de nosotros mismos y dicho por los comerciales para creer, «Yo merezco la pena». En este mundo que parece tanto como el mundo de Amós y del hombre rico en la parábola, la Escritura de hoy es tanto un aviso como una llamada a servicio. No tenemos que llegar las metas de riqueza y poder para ser egocéntricos; podemos aún ser pobres financieramente. No importa nuestra circunstancia, ustedes y yo, los discípulos de Jesús hoy, podemos ayudar a cambiar este mundo tan seguramente como hicieron aquellos primeros discípulos. No podemos ser capaces para hacer grandes cosas en nuestros propios ojos o en los ojos del mundo, pero en los ojos de Jesús todo lo que hacemos para él, él considera como grandes cosas. Que hagamos lo que podemos donde estamos.